
La historia, ciencia y ficción

Michel de Certeau

Ficción es una palabra religiosa, al igual que su correlativa, ciencia. Por haber tratado en otra parte¹ de definir su estatuto, aquí solamente voy a precisar, a título de nota preliminar, cuatro maneras posibles en que la ficción funciona en el discurso histórico.

1. *Ficción e historia.* La historiografía occidental lucha contra la ficción. La guerra intestina entre la historia y las historias, viene de muy lejos. Es una querrela familiar que de entrada fija posiciones. Pero por su lucha contra las fábulas genealógicas, contra los mitos y las leyendas de la memoria colectiva o contra las derivas de la circulación oral, la historiografía se aparta del decir y del creer comunes, y se coloca precisamente en esa diferencia para acreditarse como sapiente, distinguiéndose así del discurso ordinario.

No se trata aquí de que la historiografía diga o no la verdad. Jamás un historiador ha tenido una pretensión semejante. Más bien, con el sistema de la crítica documental, el erudito arranca del error a las "fábulas". El terreno que gana sobre ellas lo logra diagnosticando lo falso. Dentro del lenguaje recibido cava el lugar que él da a su disciplina, como si instalado en medio de las narrativas estratificadas y combinadas de una sociedad (todo cuanto ella cuenta de sí misma), se enfrascara en perseguir lo falso más que en construir lo verdadero, como si no fuera posible producir la verdad más que determinando el error. Su trabajo sería el de construir un negativo; o,

para tomar de Popper un término más apropiado, un trabajo de "falsificación". Desde este punto de vista, desde el interior de una cultura, la ficción es lo que la historiografía instituye como erróneo, labrándose de esta manera un territorio propio.

2. *Ficción y realidad.* Tanto en el nivel de los sistemas de análisis (examen y comparación de documentos) como en el nivel de las interpretaciones (productos de la operación), el discurso técnico capaz de determinar los errores que caracterizan la ficción, se siente autorizado, por lo mismo, para hablar a nombre de lo real. Partiendo de sus propios criterios la historiografía establece la diferencia entre los dos discursos —uno científico y el otro como ficción— y se sitúa a sí misma del lado de lo real porque su contrario está colocado bajo el signo de lo falso.

Esta determinación recíproca se reconoce en otra parte, aunque con otros medios y otros fines. Ella implica un doble desfase que consiste, por una parte, en hacer posible lo verdadero demostrando un error, y al mismo tiempo, en hacer creer en lo real denunciando lo falso. Luego ello supone que lo que no ha sido verificado como falso debe ser real. De tal forma, antaño, argumentando contra falsos dioses se hacía creer en uno verdadero. El procedimiento se repite hasta la historiografía contemporánea. Es simple: al demostrar los errores, el discurso asienta como real lo que le opone. Aunque lógicamente ilegítimo, el procedimiento "funciona" y "hace fun-

cionar". Desde ese momento la ficción es deportada del lado de lo irreal, mientras que el discurso técnicamente armado para identificar el error está tocado con el privilegio suplementario de representar lo real. Los debates entre "literatura" e historia permitirían fácilmente ilustrar esta división.

3. *Ficción y ciencia*. Mediante una inversión bastante lógica, la ficción se encuentra así dentro del campo de la ciencia. Al discurso (metafísico y teológico) que descifraba el orden de los seres y la voluntad de su Creador, una lenta revolución instauradora de modernidad ha substituido las escrituras que eran capaces de instaurar coherencias que permitían producir un orden, un progreso, una historia. Separados de su función epifánica de representar las cosas, esos lenguajes formales dan lugar, en sus aplicaciones, a escenarios en los que la pertinencia no sólo está en lo que expresan, sino en lo que insinúan como posible. Es una nueva forma de ficción. Artefacto científico, ese lenguaje no se juzga por su inserción en lo real, lo que supuestamente le falta, sino por lo que puede realizar y transformar. "Ficción" no es aquello que fotografía el descenso en la luna, sino aquello que lo prevé y lo organiza.

La historiografía utiliza también ficciones de ese tipo cuando construye sistemas de correlaciones entre unidades definidas como distintas y estables: cuando al interior del espacio de un pasado hace funcionar hipótesis y reglas científicas presentes, produciendo así modelos diferentes de sociedad; o cuando más explícitamente, como en el caso de la econometría histórica, analiza las consecuencias probables de hipótesis contrafactuales (por ejemplo: ¿qué hubiera pasado con la esclavitud en los Estados Unidos si la guerra de Secesión no hubiera tenido lugar?).² Sin embargo, frente a esta ficción científica, el historiador no deja de ser receloso. La acusa de "destruir" la historiografía: los debates sobre la econometría lo han mostrado claramente. Esta resistencia todavía puede hacer un llamado al aparejo que, apoyándose en los "hechos", pone en evidencia los errores. Pero, más aún, ella se funda en la relación que el discurso histórico se supone tener con lo real. En la ficción, inclusive, el historiador

combate una falta de referente, una lesión del discurso "realista", una ruptura del matrimonio que se supone existe entre las palabras y las cosas.

4. *La ficción y lo "propio"*. La ficción es acusada finalmente de no ser un discurso unívoco, dicho de otra manera, de carecer de "propiedad" científica. En efecto, juega sobre una estratificación de sentidos, cuenta una cosa para decir otra, se instala en un lenguaje del que saca, indefinidamente, efectos y sentidos que no pueden ser ni circunscritos ni controlados. A diferencia de lo que ocurre en una lengua artificial, en principio unívoca, la ficción no tiene un lugar propio. Es "metafórica". Imperceptiblemente se introduce en el campo ajeno. El conocimiento no se encuentra en un lugar seguro, y su esfuerzo consiste en analizarla reduciéndola o traduciéndola a elementos estables y combinables. Desde este punto de vista la ficción lesiona una regla científica. Es la bruja que el conocimiento trata de fijar y clasificar, exorcizándola en sus laboratorios. Aquí ya no está marcada por el signo de lo irreal, de lo falso. Designa una deriva semántica. Es la sirena de la cual el historiador debe defenderse, como un Ulises atado al mástil.

De hecho, a pesar de la confusión sobre sus sucesivos o simultáneos estatutos, la ficción, bajo sus modalidades míticas, literarias, científicas o metafóricas, es un discurso que "informa" lo real, pero no pretende representarlo ni acreditarlo. Por lo mismo, la ficción se opone fundamentalmente a una historiografía que siempre se articula sobre la ambición de decir lo real —y por lo tanto sobre la imposibilidad de olvidarse de ello. Esta ambición parece tener la presencia y la fuerza de un "origen". Eso viene de muy lejos, de una escena primitiva cuya opaca permanencia aun determinaría la práctica de la disciplina. En todo caso, esa escena permanece en su esencia. Esto será, entonces, el oscuro centro de algunas consideraciones que yo quisiera introducir en el juego de la ciencia y la ficción, abordando solamente tres puntos: 1) lo "real" producido por la historiografía también es lo legendario de la institución historiadora; 2) el aparato científico, por ejemplo la informática, también tiene aspectos de ficción en el trabajo histórico; 3) ver la relación del discurso con aque-

llo que lo produce, es decir, frente a una institución profesional y frente a una metodología científica puede considerarse la historiografía como una mezcla de ciencia y ficción, o como un lugar donde se reintroduce el tiempo.

I. Lo legendario de la institución

De una forma general, todo relato que cuenta lo que pasa (o lo que ha pasado) instituye lo real, en la medida en que se ofrece para representar una realidad (pasada). Saca su autoridad de hacerse pasar por el testigo de lo que es o de lo que ha sido. Seduce y se impone, siempre a nombre de los acontecimientos de los que se pretende el intérprete, por ejemplo las últimas horas de Nixon en la Casa Blanca o la economía capitalista de las haciendas mexicanas. Toda autoridad se funda en efecto sobre lo real que supone declarar. Es siempre a nombre de lo real que se "hace funcionar" a los creyentes y que se producen éstos. La historiografía adquiere ese poder en tanto que se presenta e interpreta hechos. ¿Qué puede oponer el lector al discurso que le dice lo que es (o ha sido)? Tiene que aceptar la ley que se enuncia en términos de eventos.

Sin embargo lo "real" representado no corresponde a lo real que determina su producción. Esconde, detrás de la figuración de un pasado, el presente que lo organiza. Expresado sin ambages el problema es el siguiente: la escenificación de una efectividad (pasada), es decir, el discurso historiográfico mismo oculta el aparato social y técnico que produce la institución profesional. La operación en cuestión parece bastante astuta: el discurso tiene credibilidad a nombre de la realidad que supone representar, pero esta apariencia autorizada sirve precisamente para camuflar la práctica que la determina realmente. La presentación disfraza la praxis que la organiza.

1. *El discurso y/de la institución.* La historiografía conocedora no escapa a la coacción de las estructuras socio-económicas que determinan las representaciones de una sociedad. Ciertamente, aislándose, un medio especializado ha tratado de sustraer la producción de esa historiografía a la politización y a la comercialización de los rela-

tos que nos cuentan nuestra actualidad. Esa salida, que toma la forma de funcionario (un cuerpo de estado), así como la corporativa (una profesión), ha permitido la circunscripción de objetos más antiguos (un pasado), la separación de un material más raro (de los archivos) y la definición de operaciones controlables por la profesión (las técnicas). Pero todo ocurre como si los procedimientos generales de la fabricación de nuestras "historias" comunes o de nuestras leyendas cotidianas estuvieran no eliminadas de esos laboratorios, sino más bien puestas a prueba, criticadas y verificadas por los historiadores en sus terrenos de experimentación. Antes de analizar la tecnicidad inherente a las investigaciones científicas, hay que reconocer lo que ellas tienen *en común* con la producción general de nuestras historias hecha por los media. Y es la institución historiadora misma la que, sosteniendo esas investigaciones, las remite a prácticas comunes de las cuales pretende diferenciarse.

La erudición no es más que marginalmente una obra individual. Es una empresa colectiva. Para Popper, la comunidad científica corregiría los efectos de la subjetividad de los investigadores. Pero esta comunidad también es una fábrica, distribuida en cadenas, sumisa a exigencias presupuestales, ligada por tanto a políticas y exigencias crecientes de un instrumental sofisticado (infraestructuras de archivos, computadoras, modalidades de edición, etc.); determinada por un reclutamiento social bastante estrecho y homogéneo; orientada por esquemas o postulados socioculturales que imponen ese reclutamiento, el estado de las investigaciones, los intereses del patrón, las corrientes del momento, etc. Además está interiormente organizada por la división del trabajo: tiene sus dueños, su aristocracia, sus capataces o "jefes de trabajo" (generalmente proletarios de investigaciones patronales), sus técnicos, sus destajistas mal pagados, sus intendentes. Y dejo de lado los aspectos psicosociológicos de esta empresa; por ejemplo "la retórica de la respetabilidad universitaria" que Jeanine Czubaroff analizaba últimamente.³

Ahora bien, los libros producidos en esta fábrica no dicen nada de su fabricación, o casi nada. Esconden su relación con este aparato

jerarquizado y socioeconómico. ¿Una tesis, por ejemplo, explicita acaso su relación con el patrón del cual depende su promoción, o hace alusión a los imperativos financieros a los que el patrón debe obedecer, o a las presiones que ejerce el medio profesional sobre los temas escogidos y los métodos empleados? Es inútil insistir. Pero hay que insistir en el hecho que esas determinaciones no conllevan ni imperativos propiamente científicos ni ideologías individuales, sino el peso de una realidad histórica actual sobre los discursos casi silenciosos que pretenden representar lo real.

Por supuesto, esta representación histórica tiene su rol necesario dentro de una sociedad o un grupo. Repara incesantemente los desgarrones entre el pasado y el presente. Asegura un "sentido" que se sobrepone a las violencias y divisiones del tiempo. Crea un teatro de referencias y de valores comunes que garantizan al grupo una unidad y una comunicabilidad simbólicas. En suma, como decía Michelet, la historia es el trabajo de los vivos para "calmar a los muertos" y reunir lo separado, lo dividido, en una especie de presencia que es la representación misma. Es un discurso de la conjunción, que lucha contra las disyunciones producidas por la competencia, el trabajo, el tiempo y la muerte. Pero esta tarea social oculta precisamente lo que la representación particulariza. Induce a evitar la división presente sobre la escena simbolizante. El texto substituye la representación de un pasado con la elucidación de la operación institucional que la fabrica. Da un aspecto de real (pasado) en vez de la praxis (presente) que lo produce: uno es puesto en el lugar del otro.

2. *La divulgación del producto del conocimiento: la historiografía general.* Bajo este ángulo, el discurso científico ya no se distingue de la narrativa prolija y fundamental que es nuestra historiografía cotidiana. Participa del sistema que organiza mediante "historias", la comunicación social y la habitabilidad del presente. El libro o el artículo profesional, por una parte, y por otra, el noticiario impreso o televisado no se diferencian más que al interior del mismo campo historiográfico, constituido por innumerables relatos que cuentan e interpretan los acontecimientos.

El historiador "especializado" se obstina, por supuesto, en rechazar esta solidaridad comprometedora. La parte conocedora de esta historiografía forma solamente una especie particular, que no es más "técnica" que las especies vecinas que tienen otras técnicas. Forma parte también de un género que prolifera: los relatos que explican lo-que-pasa.

Sin parar, de sol a sol, en efecto, la historia se relata. Privilegia lo que no debe (el acontecimiento es en principio un accidente, un infortunio, una crisis), porque hay que coser con urgencia esas rasgaduras con un lenguaje significante. Pero recíprocamente, los accidentes inducen los relatos, autorizan la incansable producción. No hace mucho lo "real" tenía la cara de un secreto divino que autorizaba la interminable narratividad de su revelación. Hoy en día lo "real" sigue permitiendo indefinidamente la elaboración de relatos, pero tiene la forma del acontecimiento, lejano o extraño, que sirve de postulado necesario para la producción de nuestros discursos reveladores. Ese dios fragmentado no deja de hacer hablar. Es un parlanchín. Noticias, informaciones, estadísticas, encuestas, documentos, que por la conjunción narrativa compensan la disyunción creciente creada por la división del trabajo, por la atomización social y por la especialización profesional. Esos discursos proveen a todo lo disgregado un referente común. Sitúan, a nombre de lo "real", el lenguaje simbolizador que hace creer en la comunicación y que forma la tela de araña de "nuestra" historia.

De esta historiografía general, yo anotaré solamente tres rasgos completamente propios, aunque sean más visibles en el campo de la difusión y mejor controlados en el campo "científico".

a) La representación de las realidades históricas en el medio para camuflar las condiciones reales de su producción. El "documental" no muestra de inmediato que sea el resultado de una institución socioeconómica selectiva y de un aparato técnico codificador, el periódico o la televisión. Todo ocurre como si, a través de Dan Rather, Afganistán se mostrara. De hecho, no es contado dentro de un relato que es el producto de un medio, de un poder, de contratos entre la

empresa y sus clientes, de la lógica de una técnica. La claridad de la información oculta las leyes del trabajo complejo que la construye. Es un engaño que, a diferencia de los engaños de antaño, ya no presenta ni la visibilidad de su estatuto de teatro ni el código de su fabricación. La "elucidación" profesional del pasado es otro tanto de lo mismo.

b) El relato que habla a nombre de lo real es exhortativo. El "significa" a la manera de un orden. Bajo esa consideración, la actualidad (ese real cotidiano) juega el mismo papel que la divinidad de antes: los sacerdotes, los testigos o los ministros de la actualidad la hacen hablar para ordenar en su nombre. Desde luego, "hacer hablar" a lo real ya no es revelar los secretos de un autor. En lo sucesivo, las cifras y los datos ocupan el lugar de esos secretos "revelados". No obstante, la estructura sigue siendo la misma: consiste en dictar interminablemente, a nombre de lo "real", lo que hay que decir, lo que hay que creer, lo que hay que hacer. ¿Y qué puede contraponerse a los hechos? La ley que se cuenta en datos y cifras (es decir, en términos fabricados por técnicos pero presentados como la manifestación de la autoridad última, lo Real) constituye nuestra ortodoxia, un inmenso discurso del orden. Lo mismo puede decirse para la literatura historiográfica. Muchos análisis lo demuestran hoy en día: la historiografía siempre ha sido un discurso pedagógico y normativo, nacionalista o militante. Pero enunciando lo que hay que pensar y lo que hay que hacer, ese discurso dogmático no tiene necesidad de justificarse, puesto que habla a nombre de lo real.

c) Además, ese relato es eficaz. Pretendiendo contar lo real, lo fabrica. Hace creíble lo que dice y hace actuar en consecuencia. Produciendo creyentes produce practicantes. La información declara: "¡El anarquismo está en vuestras calles, el crimen está frente a vuestra puerta!" El público rápidamente se arma y hace barricadas. La información agrega: "Hay indicios de que los criminales son extranjeros". El público busca culpables, denuncia personas y vota por su muerte o su exilio. La narración histórica devalúa o privilegia prácticas, exorbita conflictos, inflama nacionalismos o racismos, organiza o desenca-

dena comportamientos. Hace lo que dice, Jean Pierre Faye lo ha analizado en sus *Lenguajes totalitarios*,⁴ a propósito del nazismo. Conocemos muchos otros casos de relatos fabricados en serie y que hacen la historia. Las voces encantadoras de la narración transforman, desplazan y regulan el espacio social. Ejercen un poder inmenso, pero un poder que escapa al control, puesto que se presenta como la representación verdadera de lo que ocurre o de lo que ha ocurrido. La historia profesional, por los temas que selecciona, por las problemáticas que ella privilegia, por los documentos y modelos que utiliza, tiene una operatividad análoga. Bajo el nombre de ciencia, ella también arma y moviliza clientelas. También los poderes políticos o económicos, frecuentemente más lúcidos que los propios historiadores, siempre se han esforzado por ponerla de su lado, por halagarla, por pagarla, por orientarla, por controlarla o por someterla.

II. Cientificidad e historia: la informática

Para combinar una puesta en escena y un poder el discurso se incorpora a la institución que le da a la vez una legitimidad y, a la vista del público, una dependencia en relación al juego de las fuerzas sociales. La empresa garantiza el papel periódico o la imagen televisada como discurso de lo real para los lectores o espectadores, al mismo tiempo que, por su funcionamiento interno, articula la producción sobre el conjunto de las prácticas sociales. Pero hay enroques entre esos dos aspectos. Las representaciones no están autorizadas para *hablar* a nombre de lo real más que en la medida que hacen olvidar las condiciones de su fabricación. Luego es también la institución que opera la aleación de esos contrarios. De esas luchas, reglas y procedimientos sociales comunes, ella impone los constreñimientos a la actividad productiva y permite su ocultación mediante el discurso producido. Al interior del medio profesional, esas prácticas pueden, desde luego, ser ocultadas por la representación. Pero, la situación, ¿es tan paradójica? El elemento excluido del discurso es justamente lo que hace la cohesión práctica del grupo (científico).

Esta práctica no puede evidentemente reducirse a aquello que la clasifica como historiografía general. Como “científica”, tiene rasgos específicos. Tomaré como ejemplo el funcionamiento de la informática en el campo del trabajo historiográfico especializado o profesional. Con la informática, la posibilidad de cuantificar está abierta. Se pueden estudiar series de relaciones variables entre unidades estables en periodos largos. Para el historiador eso es un tesoro. Por fin va a poder arrancar la historiografía de sus relaciones comprometedoras con la retórica, con todos los usos metonímicos o metafóricos del pormenor supuestamente significativo de un conjunto, con todas las astucias oratorias de la persuasión. Va a poderla separar de su dependencia a la luz de la cultura ambiente, de la que los prejuicios recortan unidades o interpretaciones mediante postulados. Gracias a la informática, es capaz de manejar las cifras, construir regularidades y determinar periodicidades a partir de curvas de correlaciones, —tres puntos neurálgicos en la estrategia de su trabajo. Es así como una ebriedad estadística se ha apoderado de la historiografía. Los libros se llenan de cifras que garantizan objetividad.

Pero desgraciadamente ha habido necesidad de desmenujar esas esperanzas, aun sin hablar, como últimamente lo hacían Jack Douglas o Herbert Simons, de “retórica de las cifras”.⁵ La ambición de meter las matemáticas en la historiografía tiene como contrapartida una “historificación” de esa matemática particular que es la estadística. Dentro de ese análisis matemático de la sociedad, en efecto, hay que subrayar primero su relación con sus condiciones históricas de posibilidad, segundo las reducciones técnicas que impone, y por lo tanto la relación entre aquello que trata y aquello que excluye, tercero su funcionamiento efectivo en los campos historiográficos, es decir, el modo de su recuperación o asimilación por la disciplina que supuestamente transforma. Eso será otra manera de abordar la presencia de la ficción dentro de una práctica científica.

1. Aparentemente nada es más extraño a los avatares de la historia que esta científicidad matemática. En su práctica teorizante, la matemática

se define por la capacidad que su discurso tiene para determinar las reglas de su producción, para ser “consistente” (es decir, sin contradicción entre sus enunciados), “propio” (es decir, sin ambivalencias) y restrictivo (impidiendo por su forma toda objeción a su contenido). Su escritura también dispone de una autonomía que hace de la “elegancia” el principio interno de su desarrollo. De hecho, su aplicación al análisis de la sociedad excluye las circunstancias de tiempo y de lugar. Incluso si en el siglo XVII, John Craig, con sus “rules of historical evidence”, contempla ya el cálculo de probabilidades del testimonio en su *Theologia. . . mathematica*,⁶ no es sino hasta el siglo XVIII que Condorcet funda una “matemática social” y emprende un cálculo de las “probabilidades” que rigen, pensaba él, los “motivos para creer” y por lo tanto las elecciones prácticas de los individuos reunidos en sociedad.⁷ Es así como toma forma la idea de una sociedad matematizable, principio y postulado de todos los análisis que, desde entonces, tratan matemáticamente la realidad social.

Esta “idea”, como proyecto de una sociedad regida por la razón, se remonta a la *República* de Platón. Para que la “lengua de los cálculos”, como decía Condillac, definiera el discurso de una ciencia social, ha sido necesario que una sociedad haya sido vista, primero, como una totalidad compuesta por unidades individuales y combinando sus voluntades: este “individualismo”, nacido con la modernidad,⁸ es el presupuesto de un tratamiento matemático de las relaciones posibles entre esas unidades, tal como aparece en la misma época el presupuesto de la concepción de una sociedad democrática. Además, tres condiciones circunstanciales ligan esta idea a una conjetura histórica: un progreso técnico de las matemáticas (el cálculo de probabilidades, etc.), indisociable, por lo demás, al acercamiento cuantitativo de la naturaleza y de la deducción de las leyes universales, características de la científicidad en el siglo XVIII;⁹ la organización sociopolítica de una administración que uniforma el territorio, centraliza la información y provee el modelo de una gestión general de los ciudadanos; la formación de una élite burguesa ideológicamente persuadida de que su propio poder y la

riqueza de la nación estarían seguros mediante una racionalización de la sociedad.

Esta triple determinación histórica, una técnica, otra sociopolítica y la tercera ideológica y social, ha sido —y sigue siendo— la condición de posibilidad de las operaciones estadísticas. Todavía hoy, un progreso científico, un aparato de estado o internacional y un medio tecnócrata sostienen la empresa de la informática.¹⁰ Dicho de otro modo, la matematización de la sociedad no escapa a la historia. Ella depende de estructuras institucionales y de formaciones sociales cuyas implicaciones históricas se desarrollan a través de todo el campo de una metodología ahistórica.

2. Además, el rigor matemático supone una estricta restricción del terreno en el que va a ejercer. Ya Condorcet procedía mediante una triple reducción. En su “matemática social”, suponía: a) que se actúa según lo que se cree, b) que la creencia puede trasladarse a “motivos para creer”, y c) que esos motivos se reducen a probabilidades. Le hizo falta recortar en lo real un objeto matematizable. Luego, deja fuera de sus cálculos un enorme desecho, toda la complejidad social y psicológica de la elección. Su “ciencia de las estrategias” combina simulacros. Genio matemático, ¿qué es lo que finalmente calcula de la sociedad que pretende analizar? La rigurosa novedad del método tiene como precio la transformación de su objeto en ficción. Desde el final del siglo XVIII, como lo ha mostrado Peter Hanns Reill a propósito de los orígenes del historicismo alemán,¹¹ el modelo matemático es dejado de lado en provecho de un evolucionismo (que va de la mano con la historificación de la lingüística),¹² antes que el estructuralismo macro-económico del siglo XX no recupere también ese modelo en el campo de la historia.

Actualmente, restricciones drásticas permiten por sí mismas, en la historia, el uso de la estadística, una forma elemental de la matemática. Así, desde el principio de la operación, no se puede retener otro material que el que es susceptible de ser ordenado en series (lo que favorecerá una historia urbanística o una historia electoral, en deterioro de otras historias, abandonadas a un artesanado de aficionados). También deben defi-

nirse las unidades tratadas de manera que el signo (objeto cifrado) nunca sea identificado en las cosas o las palabras, cuyas variaciones históricas comprometerían la estabilidad del signo y, por lo tanto, la validez del cálculo. A las restricciones exigidas por el “lavado” de los datos, se agregan las que imponen los límites de los instrumentos teóricos. Por ejemplo, sería necesaria una “lógica imprecisa” capaz de tratar las categorías del tipo “un poco”, “bastante”, “puede ser”, etc., que son características del campo de la historia. A pesar de las investigaciones recientes, que a partir de las nociones de “proximidad” o “distancia” entre objetos, introducen conjuntos “indefinidos” en el análisis,¹³ los algoritmos informáticos se reducen a tres o cuatro fórmulas.

Todos tenemos la experiencia de las eliminaciones que se han tenido que efectuar en el material porque éste no era tratable según las reglas impuestas. Yo podría contar los avatares de investigaciones históricas, por ejemplo, sobre los Estados Generales de 1614 o sobre los Cuadernos de Quejas de 1789, temas finalmente desechados fuera del cerrado campo de la informática. Desde el nivel elemental de las unidades que pueden ser contadas, la operación matemática, por muy buenas razones, excluye regiones enteras de la historicidad. Ella crea inmensos desechos, rechazados para computarlos y amontonados a su alrededor.

3. En la medida en que son respetadas en la práctica efectiva del historiador, esas limitaciones producen una revisión técnica y metodológica. Generan efectos de cientificidad. Podría decirse de una manera general, para caracterizar esos efectos, que el cálculo, ahí donde se introduce, multiplica las hipótesis y permite falsificar algunas de ellas. Por una parte, las combinaciones entre los elementos que se han aislado sugieren relaciones hasta entonces insospechadas. Por otra parte, el cálculo hecho sobre grandes números impide hacer interpretaciones fundadas sobre casos particulares o sobre ideas recibidas. Luego, hay un aumento de lo posible y una determinación de lo imposible. El cálculo no prueba nada. Acrecenta el número de relaciones formales legítimas entre elementos definidos abstractamente y designa las hipótesis que hay que desechar por

CAPITAL SOCIAL
\$ 5.000.000

EL BUEN TONO, S.A. MEXICO.

COLECCION Nº 28
DIRECTOR GENERAL
E. PUGIBET

Gran Premio, San Louis Missouri 1904. — Gran Premio, Exposición de Paris 1900. — Londres, 1895.

Medallas de Oro en las Exposiciones Paris, 1889. — Londres, 1895.



No cabe duda que Pepe Camote era el hombre mas horriblemente feo de la presente generacion



Y por añadidura, tan enamorado, que daba ciento y raya al mismo Cupido



Por supuesto que no conseguiria mas que ser el hazme reir de las mujeres



Seguia la carrera del comercio, pero no duraba en ningun establecimiento, por que su horripilante figura asustaba a los mercaderes



Abandonado de todos por su fealdad, llego a verse en una situacion critica, hasta que por casualidad topó con un empresario americano



Este, que buscaba curiosidades, lo contrató y poco después lo exhibia en Nueva York como el último "gentleman" que quedaba de la "big life" entera



Y estuvo en exhibicion hasta que Miss Vanderbilt, tan linda como excéntrica, se empeñó en llevarlo, para convertirlo en estafeta y adornar su "hall"



Camote, revestido con resplandeciente armadura, fue expuesto a la curiosidad de los amigos, uno de los cuales opinó que estaria mas arrogante fumando un cigarro CANELA PURA



Seguidas el consejo, y jeh prodigios de CANELA PURA! a las primeras fumadas, las facciones de Pepe se modificaron, y presto quedo convertido en un buen mozo.



Y tan bello parecia a su joven patrona que esta como toca cayo a sus pies implorando su amor



Y el monstruoso Camote hizo la dicha de casarse con aquel angel que a mas de un amor sin limites aportó al matrimonio diez millones de dollars



Pero en medio de su esplendorio estado a los quince años y ha creado un famoso de CANELA PURA, donde invitas a embellecerse gratis, todos los dias de los EE. UU. de A.

"EL BUEN TONO," S. A. tiene registrada conforme a la ley la propiedad de estos anuncios.
Medallas de Oro en las Exposiciones de Bufalo y Guatemala.

estar mal formuladas o por ser intratables o porque son contrarias a los resultados del análisis.¹⁴

Pero por suerte, el cálculo no se preocupa fundamentalmente por lo "real". Es una gestión de unidades formales. La historia efectiva, de hecho, está puesta a la puerta de sus laboratorios. También la reacción de los historiadores es muy ambigua. Simultáneamente lo quieren y no lo quieren. A la vez seducidos y rebeldes. No hablo aquí de una compatibilidad teórica, sino de una situación de hecho. Debe tener un sentido. Al examinarla, tal como se presenta, pueden marcarse por lo menos tres aspectos del funcionamiento efectivo de la informática en la historiografía.

a) Hay que distinguir, como se debe, la informática (donde la estadística juega un débil papel), el cálculo de probabilidades, la estadística (y la estadística aplicada), el análisis de datos, etc. Al distinguirlo puede decirse que generalmente los historiadores se han refugiado dentro de este último sector: el tratamiento cuantitativo de los datos. Esencialmente es para constituir nuevos archivos que se usan en el cómputo. Esos archivos públicos o privados, doblan y progresivamente reemplazan a los antiguos archivos. Existen connotados bancos de datos, tal como el Inter University Consortium for Political and Social Research (I.C.P.S.R.) de la Universidad de Michigan (Ann Arbor), gracias al sistema Fox, o los bancos archivonómicos creados en Francia en los Archivos Nacionales por Remi Matthieu e Iván Cloulas en lo que concierne a la administración comunal del siglo XIX o al Minutario central de los notarios de París.

Ese desarrollo considerable no está menos circunscrito a la archivonomía, disciplina tradicionalmente considerada como "auxiliar" y diferenciada del trabajo interpretativo que el historiador se reservaba como su campo propio. Aunque al transformar la documentación transforme también las posibilidades de la interpretación,¹⁵ el cómputo está ubicado en un compartimento particular de la empresa historiográfica, al interior de un cuadro prestablecido que protegería la autonomía de la hermenéutica. No se le concede más que una plaza de "auxiliar", aún determinada por el antiguo modelo que hacía una diferencia entre el agrupamiento de datos y la elucidación

del sentido que éstos tenían, y que jerarquizaba las técnicas. Esta combinación permite al historiador, en principio, utilizar el cálculo sin tener que plegarse a sus reglas. Ella explica, sin lugar a dudas, a nivel de las discusiones intelectuales, como lo constataba Charles Tilly,¹⁶ muy pocas confrontaciones epistemológicas entre la operación matemática y la operación interpretativa, y que, a pesar de las tensiones, las porosidades y los desplazamientos recíprocos, se mantiene así una especie de bilingüismo epistemológico.

b) Utilizado por los historiadores como un proveedor de datos más seguros y más extensos en vez de ser practicado a título de las operaciones formales que se ponen en juego, el cómputo aparece en sus trabajos bajo su forma actual de poder tecnocrático. Se ha introducido en la historiografía como representante de una realidad socioeconómica antes que a título de un conjunto de reglas y de hipótesis pertenecientes a un campo científico. Además es una reacción de historiador y no de matemático. El cómputo se inscribe en el discurso del primero como un informe contemporáneo masivo y determinante. La institución historiadora se atribuye el poder que modifica transversalmente todas las regiones de la vida socioeconómica.

También cada libro de historia debe contener una base estadística mínima que a su vez garantice la seriedad del estudio y rinda homenaje al poder reorganizador de nuestro aparato productor. Las dos actitudes, una de conformidad frente a un método técnico contemporáneo, y la otra dedicada a la autoridad reinante, no son separables. Es la misma actitud. Desde ese punto de vista, el tributo que la erudición contemporánea paga al cómputo sería el equivalente de la "Dedicación al Príncipe" en los libros del siglo XVII: un reconocimiento de estar en deuda con un poder que sobredetermina la racionalidad de una época. La institución informática de hoy, como la institución principesca y genealógica de ayer, aparece en el texto bajo la figura de una fuerza que tiene razón y se impone al discurso de la representación.

En relación a esos dos poderes sucesivos, el historiador está igualmente cercano a ellos, pero también igualmente extraño a ellos. Está "al

lado" del cómputo como antaño lo estaba del rey. Analiza y remeda las operaciones que no efectúa más que de lejos. Las utiliza pero no está en ellas. En suma, practica la historia pero no hace la historia. La re-presenta.

c) Por el contrario, la "dedicación" a esta científicidad acredita su texto. Juega el papel de una cita que da autoridad. Entre todas las autoridades a las cuales el discurso historiográfico se refiere, ésta es la que le da más legitimidad. En efecto, lo que acredita, lo que otorga acreditación, es siempre, en última instancia, el poder, puesto que funciona como una garantía de lo real, de la misma manera en que el capital en oro garantiza los papeles y billetes bancarios. Esta razón, que lleva el discurso de la representación hacia el poder, es más fundamental que las motivaciones sociológicas o políticas. Pero el poder tiene hoy en día la forma tecnocrática de la informática. Citarla es, por lo tanto, gracias a esta "autoridad", dar credibilidad a la representación. Por el tributo pagado a la informática, la historiografía hace creer que no es ficción. Sus pasos científicos articulan todavía algo que no lo es: el homenaje rendido al cómputo sostiene la antigua ambición de hacer pasar el discurso histórico por un discurso de lo real.

A esta problemática de "hacer creer" por la vía de convocar al poder, se agrega, como su corolario, una problemática del "creer" que está ligada a la convocatoria de la otra. Las dos están ligadas. Tomaría como ejemplo la relación que una disciplina particular mantiene con otra. En la experiencia que yo tengo en la colaboración entre historiadores e informáticos, una ilusión recíproca hace suponer, de cada lado, que la otra disciplina le garantizará lo que a ella le falta, —una referencia a lo real. A la informática, los historiadores le piden ser acreditados por un poder científico susceptible de proveer lo "serio" a sus discursos. A la historiografía, los informáticos, inquietos por su habilidad para manipular unidades formales, demandan lastrar sus cálculos con lo "concreto" y con las particularidades de la erudición. Detrás de la frontera de cada territorio se hace jugar al campo vecino el papel de compensar las dos condiciones de toda investigación científica moderna, por una parte su

limitación (que se presenta como una renuncia a la totalización), y por otra parte su naturaleza de lenguaje artificial (que es la renuncia a ser un discurso de lo real), o de representación.

Para constituirse, una ciencia debe olvidarse de la totalidad y de la realidad. Pero aquello que necesita excluir o perder para formarse, siempre vuelve bajo la figura del otro, del que se sigue esperando una garantía contra las carencias que están en el origen de nuestros conocimientos. Un "creer en el otro" es el modo como se presenta el fantasma de una ciencia totalizante y ontológica. La reintroducción más o menos marginal de ese modelo de ciencia traduce la negación de las carencias que han marcado la ruptura entre el discurso (la escritura) y lo "real" (la presencia). No es sorprendente que la historiografía, sin duda la más antigua de todas las disciplinas y la más preocupada por el pasado, sea un campo privilegiado para el retorno del fantasma. El uso del cómputo, en particular, de lo que permite hacer creer a los historiadores y de las propias creencias. Este aumento de pasado actúa en su manera de emplear las técnicas modernas. También es en su relación misma con la científicidad, con la matemática, con la informática, que la historiografía es "histórica". Ya no en el sentido de producir una interpretación de periodos antiguos, sino en el sentido en que el pasado (eso que las ciencias modernas han rechazado o perdido y constituido como pasado —una cosa terminada, separada) se produce en ella (la historiografía) y se cuenta.

III. Ciencia-ficción, o el lugar del tiempo

Esta combinación sería la historia misma: un regreso del pasado dentro del discurso presente. Más ampliamente, ese enunciado mixto (ciencia y ficción) convulsiona el corte instaurado por la historiografía moderna entre el "pasado" y el "presente" como cosas distintas, uno "objeto" y otro "sujeto" de un conocimiento, un presente productor del discurso y un pasado representado. De hecho, este objeto, *ob-jectum*, concebido como exterior al laboratorio, determina desde adentro las operaciones.

Este combinado frecuentemente se entiende como el efecto de una arqueología que habría que eliminar poco a poco de la buena ciencia. A veces se acepta como un "mal necesario" que debe ser tolerado como una enfermedad incurable. Pero también puede constituir, como yo lo creo, el índice de un estatuto epistemológico propio, y por tanto, el de una función y una científicidad reconocible por ellas mismas. En ese caso, hay que poner al día los aspectos "vergonzosos" que la historiografía cree tener que esconder. La formación discursiva que entonces aparece, tiene sus normas, que no corresponden al modelo, siempre transgredido, al cual se quiere creer o hacer creer que obedece. Ciencia y ficción, esta ciencia-ficción juega, como otras heterologías, en la unión del discurso científico y del lenguaje ordinario, también allí donde el pasado se conjuga con el presente y donde las interrogantes que no han recibido un tratamiento técnico se convierten en metáforas narrativas. Para terminar, yo quisiera simplemente precisar algunas de las cuestiones que tendrían por objetivo la elucidación de ese mixto.

1. *Una repolitización.* Nuestras ciencias nacieron con el gesto histórico "moderno" que ha despolitizado la investigación al instaurar campos "desinteresados" y "neutros", sostenidos por instituciones científicas. Pero el desarrollo de lo que ese gesto hizo posible ha invertido el problema. Desde hace mucho tiempo, las instituciones científicas, convertidas en potencias logísticas, se encajonan en el sistema que racionalizan pero que las conecta entre ellas, que les fija orientaciones y asegura su integración socioeconómica. Este efecto de asimilación es naturalmente más pesado en las disciplinas donde la elaboración técnica es más débil. Ese es el caso de la historiografía.

Luego, hay que "repolitizar" de nuevo las ciencias. Entiendo por ello: rearticular su aparato técnico sobre los campos de fuerzas al interior y en función de los cuales produce operaciones y discursos. Esta tarea es por excelencia la del historiador. La historiografía siempre se ha ubicado en la frontera del discurso y de la ciencia, como en una guerra entre la razón y la violencia. Pero después de tres o cuatro siglos durante los

cuales se ha creído poder dominar esa relación, situarlo fuera del conocimiento para convertirlo en su "objeto", y analizarlo bajo la forma de un "pasado", hay que reconocer actualmente que el conflicto entre el discurso y la fuerza está por encima de la historiografía al mismo tiempo que le es inherente. La elucidación se despliega bajo la dominación de aquello que trata. Debe explicitar una relación interna y actual con el poder (como antes respecto al príncipe). Eso evitará a la historiografía el crear simulacros que, suponiendo una autonomía científica, tienen precisamente el efecto de eliminar todo tratamiento serio de la relación que el lenguaje (de opinión o de comunicación) mantiene con los juegos de fuerza.

Técnicamente, esta "repolitización" consiste en "historicizar" la historiografía. Por reflejo profesional, el historiador refiere todo su discurso a las condiciones socioeconómicas o mentales de su producción. También necesita efectuar ese análisis sobre su propio discurso, de manera que aparezca su pertinencia frente a las fuerzas presentes que organizan las representaciones del pasado. Su propio trabajo será el laboratorio donde se experimente la manera en lo que lo simbólico se articule con lo político.

2. *Pensar el tiempo.* Por ahí mismo se encuentra modificada la epistemología que diferenciaba, del sujeto, un objeto y que por la vía de la consecuencia reducía el tiempo a la función de clasificar los objetos. En historiografía, las dos causas, la del objeto y la del tiempo, están ligadas, y sin duda la objetivación del pasado, desde hace tres siglos, ha hecho del tiempo lo impensado de una disciplina que no cesa de utilizarlo como un instrumento taxonómico. En la epistemología nacida en el siglo de las luces, la diferencia entre el sujeto del conocimiento y el objeto funda lo que separa, del presente, el pasado. Al interior de una actualidad social estratificada, la historiografía definía como "pasado" (como un conjunto de alteridades y de "resistencias" que debían ser comprendidas o rechazadas) lo que no pertenecía al poder (político, social, científico) de producir un presente. Dicho de otra manera, es "pasado" el objeto del cual un aparato de producción se distingue para transformarlo. Desde

la actitud que hace que se constituyan los archivos hasta la que ha hecho del medio rural el museo de las tradiciones memorables o supersticiosas, la ruptura que al interior de una sociedad circunscribe un "pasado", recoge la relación que una ambición productiva mantiene con aquello que no es ella misma, con el medio del que se sustrae, con el entorno que quiere conquistar, con las resistencias que encuentra, etc. Ella tiene por modelo la relación de una empresa con su exterioridad, dentro del mismo campo económico. Los documentos "pasados" son relativos a un aparato fabricante y tratados según sus reglas.

Dentro de esta concepción típica de la economía "burguesa" y conquistadora, choca la idea de que el tiempo sea la exterioridad, sea lo otro. Tampoco aparece, a la manera de un sistema monetario, más que como un principio de clasificación de los datos situados dentro de este espacio objetivo externo. Transformado en medida taxonómica de las cosas, la cronología acaba por ser la coartada del tiempo, un medio para servirse del tiempo sin pensarlo y para exilar fuera del conocimiento ese principio de muerte y de pasaje (o de metáfora). Queda el tiempo interno de la producción, pero transformado al interior en una serie racional de operaciones, y objetivado en el exterior como un sistema métrico de unidades cronológicas. Esta experiencia no tiene más que un lenguaje ético: el imperativo de producir, principio del ascenso capitalista.

Puede ser que al restaurar la ambigüedad que entraña la relación objeto-sujeto o pasado-presente, la historiografía regrese a su antigua tarea, tan filosófica como técnica, de hablar del tiempo como la propia ambivalencia que afecta el lugar donde ella está, y por tanto, de pensar ese lugar como el trabajo del tiempo al interior mismo del terreno del conocimiento. Por ejemplo, la arqueología que metaforiza el empleo de la informática, hace aparecer dentro de la efectividad de la producción historiográfica esta experiencia, esencial al tiempo, que es la imposibilidad de identificarse con el lugar. Que "lo otro" esté ahí ya, en el lugar, es el modo como se insinúa el tiempo.¹⁷ El tiempo puede volver también dentro del pensamiento historiográfico por una modifi-

cación corolaria que involucra la práctica y la concepción del objeto y ya no más las de lugar. Así, la "historia inmediata" ya no autoriza el distanciamiento de su "objeto" que, de hecho, la domina, la envuelve y vuelve a colocar en la red de todas las otras "historias". De igual forma ocurre con la "historia oral", cuando ésta no se contenta con transcribir y exorcizar esas voces que antes de su desaparición eran la condición de la historiografía: si se pone a escuchar sin parar lo que puede ver o leer, el profesional descubre frente a sí a interlocutores, que si bien no son especialistas, sí son en cambio también sujetos productores de historias y compañeros del discurso. De la relación sujeto-objeto, se pasa a una pluralidad de autores y contratantes. Substituye la jerarquía de los conocimientos por una diferenciación mutua de los sujetos. A partir de entonces, la relación que la plaza particular donde se encuentra el técnico mantiene con otros, introduce una dialéctica de esas plazas, es decir, una experiencia del tiempo.

3. *El sujeto del conocimiento.* Que el lugar donde se produce el discurso sea pertinente, aparece con naturalidad allí donde el discurso historiográfico trata cuestiones que enjuician al sujeto historiador: historia de las mujeres, de los negros, de los judíos, de las minorías culturales, etc. Es cierto que en esos sectores se puede sostener que el estatuto personal del autor es indiferente (en relación a la objetividad de su trabajo) o que él solo autoriza o invalida el discurso. Pero ese debate apela precisamente a la explicitación de lo que ha sido ocultado por una epistemología: el impacto de las relaciones entre sujetos (hombres y mujeres, negros y blancos, etc.) en el empleo de las técnicas aparentemente "neutras" y en la organización de discursos quizás igualmente científicos. Por ejemplo, del hecho de la diferenciación entre sexos, ¿debe concluirse que una mujer produce una historiografía distinta a la de un hombre? Evidentemente, yo no doy la respuesta, pero constato que esta interrogación cuestiona el lugar del sujeto y obliga a su tratamiento, contrariamente a la epistemología que ha construido la "verdad" de la obra sobre la no pertinencia del locutor. Interrogar el sujeto del conocimiento es, igualmente, pensar el tiempo,

si es cierto que el sujeto se organiza como una estratificación de tiempos heterogéneos y que, mujer, negro o vasco, está estructurado por su relación con el otro.¹⁸ El tiempo es precisamente la imposibilidad de la identidad con un motivo. Es ahí donde comienza una reflexión sobre el tiempo. El problema de la historia se inscribe en el lugar de ese sujeto que es en sí mismo juego de la diferencia, historicidad de la no identidad a sí mismo.

Por el doble movimiento que perturba, dentro de su seguridad, el lugar y el objeto de la historiografía al ser introducido el tiempo, aparece otra vez el discurso del afecto o de las pasiones. Después de haber sido central en el análisis de una sociedad hasta fines del siglo XVIII (hasta Spinoza, Hume, Locke, o Rousseau), la teoría de las pasiones y de los intereses ha sido lentamente eliminada por la economía objetivista que, en el siglo XIX, fue sustituida por una interpretación racional de las relaciones de producción y no guardando casi nada de la antigua elaboración, permitiendo dar al nuevo sistema un anclaje en las "necesidades". Tras un siglo de rechazo, la economía de los afectos ha regresado sobre el modo freudiano de una economía del inconsciente. Con *Tótem y tabú*, *El malestar de la civilización* o *Moisés y el monoteísmo*, se presenta el análisis que articula de nueva cuenta las versiones del sujeto sobre las estructuraciones colectivas. Esos afectos son cosas que vuelven a aparecer dentro del orden de una razón socioeconómica. Permiten formular, en la teoría o en la práctica historiográfica, preguntas para las que ya existen suficientes tratamientos, como los ensayos de Paul Veyne sobre el deseo del historiador,¹⁹ el de Albert Hirschman sobre los "chascos" en economía,²⁰ el de Martin Duberman sobre la inscripción del sujeto sexuado dentro de su objeto histórico,²¹ o el de Régine Robin sobre la estructuración del estudio de las escenas míticas de la infancia.²² Así se inaugura una epistemología diferente de la que definía el emplazamiento del conocimiento por un lugar "propio" y que mesuraba la autoridad del "sujeto del conocimiento" al eliminar toda pregunta relativa al locutor. Explicitando lo eliminado, la historiografía se encuentra de nuevo remitida

a la particularidad de un lugar ordinario, con afectos recíprocos que estructuran representaciones, y con pasados que determinan desde el interior el uso de las técnicas.

4. *Ciencia y ficción*. Que las identidades de tiempo, lugar, sujeto y objeto supuestas por la historiografía clásica no "tengan" y sean alcanzadas por un movimiento que las confunde y desordena, eso ya lo había señalado la ficción desde hace buen tiempo. Pero es una parte tenida por vergonzosa e ilegítima —una oscura mitad que la disciplina desdeña. Es por demás curioso que la historiografía haya estado, en el siglo XVII, colocada en el extremo opuesto: el historiador general se vanagloriaba de practicar por excelencia el género retórico.²³ En tres siglos, la disciplina ha pasado de un polo a otro. Esta oscilación es ya el síntoma de un estatuto. Habría que precisar la curva y analizar, en particular, la progresiva diferenciación que, en el siglo XVIII, separó las "letras" de las "ciencias": la historiografía se encontraba distendida entre los dos continentes a los que la arraigaba su papel tradicional de ciencia "global" y de conjunción simbólica social. Se quedó allí, aunque de modos variables. Pero el mejoramiento de sus técnicas y la evolución general del conocimiento la llevan cada vez más a camuflar sus vínculos, científicamente inconfesables, con lo que durante ese tiempo ha tomado forma de "literatura". Ese camuflaje introduce precisamente el simulacro que ella rechaza ser.

Para dar su legitimidad a la ficción que ocupa al campo de la historiografía, primero hay que "reconocer" dentro del discurso legitimidad científica al retroceso que ha tomado forma de "literatura". Los ardidés del discurso con el poder, con el fin de utilizarlo sin servirle, las apariciones del objeto como actor fantástico en el lugar mismo del "sujeto del conocimiento", las repeticiones y los retornos del tiempo supuestamente pasado, los disimulos de la pasión bajo la máscara de una razón, etc.: todo ello desplaza a la ficción, en el sentido "literario" del término. La ficción no es extraña a lo real, sin embargo. Por el contrario, Jeremy Bentham lo notaba ya en el siglo XVIII, el discurso *fictitius* está más cercano que el discurso "objetivo".²⁴ Pero otra

lógica está aquí en juego, que no es la de las ciencias positivas. Ella ha comenzado a regresar con Freud. Su elucidación sería una de las tareas de la historiografía. Bajo ese primer aspecto, la ficción es reconocible ahí donde no hay un lugar propio y unívoco, es decir, ahí donde lo otro se insinúa dentro del lugar. El papel importante de la retórica en el campo historiográfico es precisamente un síntoma masivo de esa lógica diferente.

Vista enseguida como "disciplina", la historiografía es una ciencia que no tiene los medios para serlo. Su discurso toma por su cuenta lo que es más resistente a la cientificidad (la relación social con el evento, con la violencia, con el pasado, con la muerte), es decir, lo que cada disciplina científica ha debido eliminar para constituirse como tal. Pero dentro de esta posición difícil, busca, mediante la globalización textual de una síntesis narrativa, sostener la posibilidad de una explicación científica. Lo "verosímil" que caracteriza ese discurso defiende el principio de una explicación y el derecho a un sentido. El "como si" del razonamiento (el estilo etimémático de las demostraciones historiográficas) tiene el valor de un proyecto científico. Cree en la inteligibilidad de las cosas que le oponen mayor resistencia. También, la historiografía yuxtapone elementos no coherentes o incluso contradictorios, y frecuentemente trata de "explicarlos": ella es la relación de los modelos científicos con sus *déficits*. Esta relación de los sistemas con aquello que los desplaza o metaforiza corresponde también a la manifestación y a nuestra experiencia del tiempo. Dentro de esta perspectiva, la historiografía es en sí misma, como discurso, la lucha entre una razón y el tiempo, pero una razón que no reconoce aún sus incapacidades, una razón en su movimiento ético. El discurso historiográfico estará, entonces, a la vanguardia de las ciencias, como la ficción lo está en donde logran un éxito parcial. Una afirmación de cientificidad gobierna el discurso que, en sí mismo, conjuga lo explicable y lo que todavía no lo es. Lo que se narra es una ficción de la propia ciencia.

Manteniendo siempre su función de ser una "conjunción", la historiografía liga así la cultura

—la legendaria— de un tiempo con lo que es ya controlable, corregible o prohibido por prácticas técnicas. No puede identificarse con esas prácticas pero es producida por lo que ellas marcan, quitan o confirman dentro del lenguaje recibido de un medio. El modelo tradicional de un discurso global, simbolizador y legitimador, existe, pero trabajado por instrumentos y controles que pertenecen al aparato productor de nuestra sociedad. Tampoco la narrativa totalizante de nuestras leyendas culturales ni las operaciones técnicas y críticas pueden ser supuestas ausentes o eliminables de lo que será la representación en el texto o el artículo histórico. Bajo este sesgo, cada una de esas representaciones, o la masa que ellas forman conjuntamente, podría ser comparada al mito, si se define el mito como una narración horadada por las prácticas sociales, es decir, un discurso global que articula prácticas que no narra pero que debe respetar y que al mismo tiempo le faltan y lo vigilan. Nuestras prácticas técnicas frecuentemente son tan mudas, tan circunscritas y tan esenciales como lo eran antaño las de la iniciación, pero ellas son en lo sucesivo de tipo científico. Es en relación a ellas que se elabora el discurso histórico, asegurándoles una legitimidad simbólica pero "respetándolas". Necesario para su articulación social y sin embargo controlado por ellas. Sería el mito posible de una sociedad que rechaza los mitos, la ficción de la relación social entre prácticas especificadas y las leyendas generales, entre técnicas que producen lugares y leyendas que simbolizan el efecto del tiempo. Yo concluiría con una fórmula. El lugar instaurado por los procedimientos de control está él mismo convertido en historia por el tiempo, pasado o futuro, que se inscribe como regreso de "lo otro" (una vinculación al poder, a los precedentes, a las ambiciones) y que, "metaforizando" también el discurso de una ciencia, hace igualmente una ficción.

Traducción Sergio Perelló
Tomado de D. Carr, W. Dray... (eds.) *Philosophy, History and Contemporary Historiography*,
University of Ottawa Press.

Notas

¹ M. de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, 2ª ed. París, Gallimard, 1978, pp. 312-358 ("La fiction de l'histoire").

² Cf. Ralph Andreado (ed.), *La nouvelle histoire économique*, París, Gallimard, 1977, pp. 258 y s.

³ Jeanine Czubaroff, "Intellectual respectability: a rhetorical problem", en *Quarterly Journal of Speech*, 59, 1973.

⁴ Jean Pierre Faye, *Les langages totalitaires*, París, Hermann, 1973.

⁵ Jack D. Douglas, "The rhetoric of science and the origins of statistical social thought", en Edward A. Tiryakian (ed.), *The Phenomenon of sociology*, New York, Appleton-Century-Crofts, 1969, pp. 44-57; Herbert W. Simons, "Are scientists rhetors in disguise? An analysis of discursive processes within scientific communities", en Eugene E. White (ed.), *Rhetoric in Transition*, The Pennsylvania State University Press, 1980, pp. 115-130.

⁶ John Craig, *Theologiae christianae principia mathematica*, London, 1699. Cf. el texto latino y una traducción de las "rules of historical evidence" en *History and Theory*, Beiheft No. 4, 1964.

⁷ Condorcet, *Mathématique et société*, París, Hermann, 1974. La cuestión tratada por Condorcet en 1785 ya había sido abordada por Jean Charles de Borda (*Mémoire sur les élections au scrutin*, 1781). Tomado nuevamente por Kenneth J. Arrow (*Social Choice and Individual Values*, Nueva York, 1963), recibió un tratamiento que le valió a su autor un premio Nobel.

⁸ Cf. C.B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism*, Oxford, Clarendon Press, 1962; Alan Macfarlane, *The Origins of English Individualism*, Cambridge University Press, 1978.

⁹ Cf. Morris Kline, *Mathematics in Western Culture*, Oxford University Press, 1972, pp. 190-286.

¹⁰ Cf. por ejemplo "IBM ou l'émergence d'une nouvelle dictature", en *Les Temps Modernes*, No. 351, octubre de 1975.

¹¹ Cf. Peter Hanns Reill, *The German Enlightenment and the Rise of Historicism*, University of California Press, 1975, p. 231.

¹² Cf. M. de Certeau et al., *Une politique de la langue*, París, Gallimard, 1975, cap. 4, "Théorie et fiction (1760-1780): De Brosses et Court de Gébelin".

¹³ Cf. por ejemplo Charles Corge, *Informatique et démarche de l'esprit*, París, Larousse, 1975.

¹⁴ Sobre el análisis histórico por cómputo, cf. Charles Tilly, "Computers in historical analysis", en *Computers and the Humanities*, vol. 7, No. 6, 1973, pp. 323-335.

¹⁵ Cf. François Furet, "Le quantitatif en histoire", en Jacques Le Goff y Pierre Nora (ed.), *Faire de l'histoire*, París, Gallimard, 1975, I, pp. 42-61.

¹⁶ Charles Tilly, *op. cit.*, pp. 333-334.

¹⁷ Sobre esa "vuelta" del pasado en el presente, cf. M. de Certeau, "Histoire et psychanalyse", en Jacques Le Goff et al., *La nouvelle histoire*, París, CEPL, Retz, 1978, pp. 477-487.

¹⁸ En el plano colectivo aparece el mismo problema, como lo muestra, por ejemplo, la relación difícil que mantiene la nueva historiografía negra africana, de tipo nacionalista, con la pluralidad étnica de su objeto-sujeto. Cf. Bogumil Jewsiewicki, "L'histoire en Afrique et le commerce des idées usagées", en *Canadian Journal of African Studies*, vol. 13, No. 1-2, 1979, pp. 69-87.

¹⁹ Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, París, Seuil, 1971.

²⁰ Albert O. Hirschman, *The Passions and the Interests. Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton University Press, 1977; y *Private Interest and Public Action*, *ibid.*, 1982.

²¹ Martin Duberman, *Black Mountain. An Exploration in Community*, Nueva York, Dutton, 1973.

²² Regine Robin, *Le cheval blanc de Lénine ou l'histoire autre*, Bruselas, Complexe, 1979.

²³ Cf. Marc Fumaroli, "Les Mémoires du XVII^e siècle au carrefour des genres en prose", en *XVII^e siècle*, No. 94-95, 1971, pp. 7-37; F. Smith Fussner, *The Historical Revolution. English Historical Writing and Thought, 1580-1640*, Westport, Greenwood Press, 1962, pp. 299-321.

²⁴ Una teoría de las ficciones lingüísticas (manipulaciones y proyectos en el campo del lenguaje) y del simbolismo (en particular de los "incomplete symbols") permite a Jeremy Bentham analizar los efectos de lo real propios del *fictitious* y las operaciones efectivas ligadas a una lógica del "como si". Cf. C.K. Ogden, *Bentham's Theory of Fictions*, Londres, Kegan Paul, 1932.

CAPITAL SOCIAL
\$ 5.000,000

EL BUENTONO, S.A. MEXICO.

Precio, \$10. 00
COLECCION Nº 61

DIRECTOR GENERAL
E. PUGIBET

Medallas de Oro en las Exposiciones Paris.1889. — Londres.1895.



El almuerzo de Mister Lanah ha terminado, bebió su último vaso de excelente cerveza Mocrezuma, y se levanta de la mesa



Siguiendo su costumbre, encendió un rico cigarro CANELA PURA para ayudar a la digestión, mas con positivo asombro echó de ver que el humo, en lugar de subir, bajaba



Hizo observar el fenómeno a sus amigos, pero estos no le dieron importancia, y no se irrió mas del asunto.



Al día siguiente S. Francisco California se pasaba los techos era destruido por un terremoto, y Lanah era sacado lleno de vendugones de entre un montón de escombros



Meses despues, nuestro hombre se hallaba en Valparaiso, cuando una tarde, notó que el humo de su cigarro empezaba a bajar



Acordose de lo de S. Francisco y por las dudas se puso en fuga. Su temor fue justificada porque a poco, un temblor convertía a Valparaiso en un montón de ruinas



La virtud de CANELA PURA como anunciador de temblores era patente, y Mister Lanah se presentó al Director del Observatorio, y le dio cuenta de su descubrimiento



El director, una vez que se hubo cerciorado del hecho, hizo afilar sus complicados aparatos poniendo en su lugar, los prodigiosos cigarros



Desde entonces, la labor de los geólogos se reduce a observar la dirección del humo de CANELA PURA, con lo cual estamos a salvo de que nos ocurra desprevencidos una catástrofe

EL BUENTONO S.A. tiene registrada, conforme a la ley, la propiedad de estos anuncios

Grandes Premios, Paris 1900 y S. Louis Missouri 1904.

Medallas de Oro en las Exposiciones de Burato y Guatemala.